

Un acercamiento metodológico para hacer historia de la educación

María Esther Aguirre Lora

Hablar de metodología de investigación en el campo de la historia de la educación no es sencillo. Por tal razón me pregunté: ¿qué pudiera yo compartir? Haciendo una reflexión, voy a iniciar hablando de lo que nunca me gustó de la historia de la educación. Leer las páginas de los libros gordos de Francisco Larroyo, con fechas y datos que no me decían nada, me aburría; pero, tenía que pasar las materias y estudiaba. Pasado el tiempo, caí en cuenta que no entendimos a Larroyo, porque él, desde la perspectiva de la escuela neokantiana, estaba planteando las unidades culturales para analizar instituciones educativas, políticas-educativas, etcétera.

Pero en aquel entonces, enseñar y aprender historia de la educación no era fácil. Teníamos un maestro que incluso nos daba clases a las tres de la tarde; llegaba con el libro de *Historia general de la educación y la pedagogía* y se ponía a leer. Resultaba espantoso. Finalmente, el descubrimiento de la historia y

la pasión por ella se me desprendió en una estancia académica de dos años en la Universidad de Florencia, Italia, en las clases de Antonio Santoni Rugiu. Realmente fue de esas circunstancias casuales en donde uno va construyendo intereses, pues no esperaba que fuera a estudiar con este señor que hace historia social de la educación.

Las circunstancias me llevaron con él. Santoni Rugiu era un italiano de Cerdeña, vivía en Florencia; gran lector de Marc Bloch, Jacques Le Goff y muy amigo de Angelo Broccoli y de otros historiadores italianos muy reconocidos. La verdad yo partía de una idea al aire de lo que era la escuela. Lo que había logrado entender, por los autores que estudiábamos en los años setenta y los elementos del marxismo difundido en América Latina, era la escuela vista desde las teorías de la reproducción social. Me sentía muy crítica y la verdad es que con Santoni descubrí que la escuela estaba hecha de personas de carne y hueso, mediada por los conflictos sociales, las herencias familiares, las creencias de la época, las políticas culturales y, entre otros factores, por prioridades educativas.

Luego apareció otra escuela que se me quedó muy grabada porque cambió mi forma de pensar la política educativa. Antes pensaba que estas políticas eran un acto de generosidad del Estado, pero cuando uno analiza de fondo el tema, entiende que hay más actores y procesos complejos. Por ejemplo, en la Revolución Industrial hubo una gran política pública para alfabetizar a los trabajadores, pero no era por una cuestión de generosidad estatal, sino que la alfabetización era un medio para que no echaran a perder las máquinas, porque si no sabían leer las instrucciones, había serios problemas. Para mí, conocer esas otras formas de ver y analizar la educación fue una sorpresa, y así hubo otras. A partir de entonces, empecé a girar poco a poco hacia el campo de la historia en la educación. Los estudios de pedagogía, como dice Susana Quintanilla Osorio, “son un fardo que nunca nos quitamos de encima”. Y tiene razón.

Un fardo del que no podíamos liberarnos, pero que se fue aligerando con la revisión crítica del campo de lo educativo. Logramos traer a varios académicos que coincidían con nuestras nuevas inquietudes y eso nutrió nuestros estudios en educación. A partir de entonces, puedo reconocer tres fuertes marcas en mi propia búsqueda en el campo de la educación. Primero, hay una perspectiva de la historia social, que era la de Santoni Rugiu. Él se lo había planteado dando la batalla en Italia contra el peso de las ideas de los pensadores abstraídos de la realidad, de la circunstancia social, muy en la perspectiva

de Hegel y otros que hacían análisis en abstracto. Se había abierto a la indagación de prácticas culturales de los individuos y los grupos sociales, de los sistemas de pensamiento, creencias, legados y sensibilidades; a todo ello que había en la historia, que olía a ser humano. No digamos sólo en la escuela, pues tiene un libro maravilloso que es muy difícil de traducir, se llama *Palabras de vida rápida* y va analizando prácticas cotidianas: el ángel de la guarda, el aceite de ricino, el café, las pulgas, etc. Todo ese tipo de cosas cotidianas que él analiza desde la perspectiva educativa.

Una lección importante fue la libertad de los desplazamientos de Santoni por diversas temáticas y campos de problemas, así como su versatilidad y aguda ironía con todo. De esta manera, lo educativo potencialmente podía encontrarse en todo. Desde aquí nosotros decidíamos virar para enriquecer y abrir los horizontes de estudio. Él abría el espectro de posibilidades. Santoni se formó en el terreno de las humanidades, en el de la historia, y en el año de 1968 lo invitaron a participar en discusiones sobre impugnaciones y nuevas rutas de investigación. Un amigo le decía: “vente con nosotros porque se está renovando la pedagogía”, y él decía: “pero yo no sé de pedagogía”. Santoni nos decía: “me pasé años tratando de entender lo que era la pedagogía, pero como no entendí, mejor me regresé a la historia y desde ahí trabajo la historia de la educación”.

Otro contacto importante fue con la obra de un filósofo político del norte: Claudio Bonvecchio. Él es el autor del libro sugerente *El mito de la universidad*, pero no es mito de manera peyorativa, sino en cuanto a un relato sobre la universidad y su narrativa. Él va analizando de qué manera surge este relato a finales del siglo XVIII y cómo esto va, a final de cuentas, saturando y concluyendo un mito; empieza con Madame de Staël y concluye con Thomas Mann. En realidad, hemos asistido a diversos mitos. Ahorita estamos en el mito de la certificación, la evaluación, la calidad, ése es otro relato de la universidad, es otra narrativa; cuando se agote, hará que pasemos a otra.

De regreso de Italia me dediqué a traducir su libro. Hubo una serie de críticas de los colegas que me decían: “¿por qué pierde tiempo con la traducción?, ¿qué va a sacar de ahí?”. Tenía una directora muy inteligente que me apoyaba y les respondía: “déjenla en paz, cuando uno dedica un tiempo de su vida a traducir es porque está buscando cosas”. Y es cierto, trabajar sobre aquel material me permitió darme cuenta de la estrecha relación que hay entre el autor, la obra y las circunstancias que permiten la producción de dicha obra. Ésa fue otra lección importante.

Otro momento importante que tuve en mi formación fue el contacto con Miguel Pereyra de la Universidad de Granada, que también ha trabajado con los estudios comparados. Él y su equipo se comprometieron con la indagación de las condiciones sociales y culturales de producción del conocimiento. Una lección importante de este periodo versaba sobre “cómo entender lo educativo a partir de los sistemas cambiantes de ideas y principios de razonamiento a través de los cuales hemos llegado a pensar, hablar y actuar en el mundo”. En otras palabras, cómo nos construimos como sujetos y qué se está jugando en lo educativo.

Cuando queremos analizar lo educativo, sucede entonces que se desprenden nuevas formas de articulación entre lo social y lo cultural. Es una lección bien importante, porque puede ser aprendido como un campo de prácticas culturales que de ninguna manera es ajeno a lo que sucede en la educación. Hay experiencias muy interesantes, por ejemplo, un estudio sobre la nueva historia cultural referida a los uniformes escolares, a una expresión particular de esta necesidad que tiene la sociedad de uniformarse. El análisis que se hace al respecto es cómo se viste la sociedad y cómo se uniforma, por qué los días de uniforme escolar, la vestimenta de los trabajadores de la universidad, los uniformes de los trabajadores en los laboratorios, de los médicos y los ingenieros. Sabemos ahora que también la moda nos uniforma. Por todo esto, retomamos la noción de cultura escolar.

Después me dispuse a trabajar a Jan Amos Comenius a partir de tres ejes. De principio no me interesó tanto este gran pedagogo, fueron mis alumnos de la facultad de la universidad los que en las clases de didáctica me hacían cambiar los enfoques. Solíamos decir entonces: “es que la pedagogía puede ser tradicional o nueva”, teníamos uno o dos cajones y no ahondamos en la crítica. Como Comenio era del siglo xvii, concluía que era tradicional y lo repetí muchas veces como perico; pero cuando empecé a leerlo con calma, recuperando textos interesantes, comprendí que no era tradicional. Aquellos años fueron muy importantes, fue una época de transición, de cambio social, y esto influyó en la obra de Comenio. Seguí trabajándolo, los comeniólogos europeos me decían: “nosotros trabajamos a Comenio porque es un paradigma en la cultura checa, pero, y tú, ¿por qué lo estudias?, ni eres de los países protestantes, ni eres de esta zona, eres latinoamericana, eres católica, ¿por qué te interesa?”. Mi respuesta era: “yo también estoy buscando mi identidad en la pedagogía y con este señor voy a entender cómo se fundó este campo”.

Los trabajos que hice sobre Comenio los rotulé como hermenéutica cultural. Pasado el tiempo, los percibo cercanos a la historia intelectual y a la biografía intelectual. Creo que desde ahí había una búsqueda de este tipo de perspectivas; ahora, esta misma preocupación la dirigí a otros universos del campo de la historia de la educación, tratando de entenderla como un campo de tensión con distintos protagonistas, distintos momentos históricos. He seguido explorando otros universos: la manualística, la historia social de las disciplinas escolares, la historia de la formación artística, llevada siempre por el sujeto, por los protagonistas, por los lugares de producción del conocimiento.

Existe una serie de búsquedas donde están de por medio encuentros, congresos, seminarios, diálogos con amigos, con pares. Pensé en lo que sacaría de todo esto, y primero me puse a investigar. La investigación siempre responde a preguntas que se han formulado, a intereses y experiencias con las que uno se ha confrontado. En ella ponemos en juego nuestras herencias, nuestros legados, nuestras propias tradiciones, en las que nos hemos ido formando o a las que hemos renunciado; ponemos en juego las propias opciones, las marcas de la generación, porque también hay un diálogo generacional y desde ahí vamos construyendo observatorios, lugares deseables y posibles en un momento dado para definir nuestros universos.

La investigación, lo sabemos quienes trabajamos en ello, es un proceso complejo que desencadena otros procesos y definiciones. Una cuestión es el plan inicial de la investigación, y lo vemos y sentimos muy bonito para presentarlo a las autoridades en un proceso de admisión al posgrado, al CONACYT, pero los procesos que se van desencadenando, las derivaciones que surgen, los ajustes, el estudio conforme avanza la investigación, los descubrimientos, todo se va refinando y se hacen modificaciones que no siempre concuerdan con el proyecto inicial. En el proceso de investigación exploramos otras fuentes y archivos no previstos, encontramos nuevos autores; son pepitas de oro que descubrimos por el camino, y ellas nos cambian la visión y la investigación se afina y reorienta. Ésta, por lo mismo, tiene mucho de construcción artesanal, a pesar de las políticas neoliberales y las presiones por producir; tiene sus tiempos, sus mediaciones, desencadena procesos que no se pueden presionar, que tienen su ritmo y su tiempo. El trabajo del historiador es un trabajo de oficio y me gusta pensarlo así.

Los recursos contemporáneos que tenemos a disposición, que son muchos, conservan una faceta artesanal, que está atravesada por la minu-

cia en la indagación, por el prurito de los conceptos en la recuperación de fuentes, la sistematización de la información, el compromiso con lo que se hace y el amor por lo que se hace. Mi convicción en la investigación es que debemos guiarnos más por las lógicas del afecto académico y del gusto por lo que hacemos, que por la fría lógica del mercado. Debemos basarnos más en la creatividad que vamos teniendo en las diversas fases del trabajo, que en la rigidez de los procesos y los tiempos que nos imponen las autoridades e instituciones; a pesar de que nos evalúen con criterios fijos y nos quiten puntos. Quienes investigamos sabemos que a veces somos muy productivos y otras veces no; eso lo sabemos, y hasta decimos: “hoy estuve muy bien, hice tantas páginas, tantas cuartillas”; pero en otras ocasiones también decimos: “hice sólo dos renglones. No salgo de ahí”.

La formación para el investigador se inscribe en esta perspectiva artesanal y también la investigación tiene mucho de platónico, es un deseo constante que nunca se satisface del todo. Es gozoso, pero también es doloroso; a veces es de “arrancarse los pelos” para luego decir: “no, está muy bonito lo que estoy haciendo”. Hablo de una dualidad que uno tiene todo el tiempo. Ahora, ¿qué preocupaciones persisten en relación con el campo de las ciencias sociales y las humanidades? ¿Qué nos preocupa actualmente?

Creo que estamos perdiendo las preguntas que permiten abundar en la producción del conocimiento para entender más la vida social, la vida cultural de nuestro tiempo. Necesitamos que la historia no pierda de vista la explicación de los procesos sociales de manera global; huir de esto genera fragmentación, porque a veces nos quedamos muy limitados en los universos que construimos. Nos falta también volver los ojos a las fuentes de un modo más fuerte, porque ahora con la historia oral y la búsqueda de un sujeto caemos a veces en un ámbito de superficialidad, pero no podemos perder de vista la combinación de fuentes, la rigurosidad de éstas, a pesar de que nos apresuren para que concluyamos los trabajos.

La otra parte que me preocupa es que asistimos a una pedagogización o didactización cada vez mayor del campo de la historia de la educación. Vemos situaciones que privilegian el estudio de la escuela, del aula; lo cual es muy válido y hay aportaciones muy importantes, pero también hay un desconocimiento en general del campo educativo más amplio como tal. Esto último es lo que debemos fortalecer. Creo que esta parte es muy importante porque la

forma de educar rebasa el ámbito del aula. Aquí sí está lo del fardo que menciona Susana Quintanilla Osorio.

En la historia de la educación no debemos perder de vista la mirada sobre los procesos educativos. Al igual que la historia, la educación está en crisis y es una crisis en conceptos, temáticas y abordajes, que tiene que ver, entre otros factores, con este lenguaje técnico, burocrático y vacío de ideas al que nos están obligando a compartir. Esto lo tenemos ya en el campo de la historia de la educación, por lo que es necesario tener conciencia de ello y darle espacio a otras formas de conceptualización, a los maridajes teóricos y a los préstamos multidisciplinarios. De esta manera, podemos recuperar ricas tradiciones e innovar la investigación en este campo tan necesario y apasionante que es la historia de la educación.